

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo I

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz01.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

UNAM

CAPÍTULO XXI

PACHUCA

20 de octubre de 1861

El 19 de octubre de 1861, poco después de nuestro arribo a la capital, supo el Gobierno que Márquez, con una columna formada de los restos de Jalatlaco y otras partidas que había recogido en los Estados de Querétaro y San Luis, llegaba a Pachuca y que la columna del general Santiago Tapia, que maniobraba cerca de aquella plaza, era insuficiente para batirlo y, ordenó que otra columna formada con los batallones de Oaxaca y lanceros del mismo Estado a las órdenes del general Mejía, de la que yo era mayor general, marchara a ponerse a las del general Tapia.

El general Zaragoza, ministro que era entonces de Guerra, manifestó gran empeño en que yo acompañara a la brigada de Oaxaca en la expedición sobre Pachuca, y al salir del Ministerio de la Guerra a recibir sus órdenes el general Mejía y yo, el general Zaragoza, que probablemente tenía alguna ocupación urgente que no quería interrumpir, entreabrió la puerta de su despacho para hablar con el general Mejía, y creyendo yo que tendría que decirle algo reservado, me alejé de ellos; pero percibí que el general Zaragoza preguntaba con empeño al general Mejía, si lo acompañaría yo en la expedición.

Probablemente el general Mejía se impresionó por el empeño que mostraba el general Zaragoza, pues el comandante militar de la plaza acababa de hacerle la misma pregunta, y sin contestar a la que le dirigía el Ministro de Guerra, se volvió a donde yo estaba y me dijo: "Porfirio, venga usted a decir al señor Ministro si me acompaña o no a la expedición sobre Pachuca".

Sin embargo de que habíamos recibido la orden de marchar a Pa-

chuca, y de que nuestra fuerza estaba ya formada en la Plaza de Armas, no se nos daban las municiones ni los medios necesarios para transportarlas; no sé si por la irregularidad del servicio, porque alguno de los empleados a cuyo cargo estaba este deber simpatizaba con los pronunciados, o por causa de las dificultades que generalmente se presentan en esos casos. Considerando que era urgente nuestra salida de esta capital, determiné, como mayor de órdenes de la brigada y con acuerdo de su jefe el general Mejía, aprovechar algunas municiones que habíamos economizado de las que se nos daban para ejercicio de tiro al blanco, y no teniendo medios a propósito para llevarlas, ocupé con ese objeto algunos coches de sitio, que tomé por la fuerza, de cuya manera pudimos salir a cosa del medio día del 18 de octubre de 1861. Las mulas que conducían los coches se cansaron a poco y fué necesario buscar en el camino mulas y burros de carga que llevaran nuestras municiones, desempacando algunas y poniéndolas en los sacos de ración. Pernoctamos esa noche en Tepexpam, por haber salido de México muy tarde, y el 19 en Tizayucan, y antes de media noche continuamos nuestra marcha para Pachuca.

Caminamos el resto de la noche, sufriendo los jefes y oficiales que íbamos a caballo, un frío intenso, que nuestros abrigos eran insuficientes para remediar, y no nos quedaba más arbitrio que marchar a pie, para que el cuerpo entrara en calor.

Cuando llegamos a Pachuca a cosa del medio día del 20, comenzaba la batalla; muchos de nuestros soldados estaban materialmente muertos de fatiga, y se necesitó un gran esfuerzo de su parte para que pudieran entrar en acción y pelear con el brío y decisión que lo hicieron. Su cansancio era tal, que notando en la marcha que un soldado se atrasaba mucho, lo empujé con el estribo, se cayó y no pudo ya levantarse por sí mismo sino que fué necesario que lo levantáramos.

Hicimos una marcha rápida y al día siguiente 20 de octubre, a las diez de la mañana, llegamos a Pachuca en donde batimos las fuerzas de Márquez, quien abandonó la ciudad yéndose por el camino que conduce a Real del Monte y se posesionó de una altura que se llama "La Cruz de los Ciegos" y de otras dos que quedan a los lados de la carretera. El general Tapia ordenó al general Mejía que con una compañía del primer batallón y un obús de montaña defendiera la carretera, por donde amenazaba flanquearnos la caballería enemiga, y me ordenó que con el resto del primer batallón y el segundo, atacara sucesivamente las posiciones de "Cruz de

los Ciegos" y las otras dos, y puso como reserva y a mis órdenes el batallón de rifleros de San Luis, que mandaba el teniente coronel don Carlos Salazar y carabineros a caballo, que mandaba el coronel don Antonio Alvarez.

Emprendí dos ataques sucesivos, teniendo necesidad de hacer uso para el segundo, del batallón de rifleros, porque el primero ejecutado al trote de ascenso, había cansado mucho a la tropa del segundo batallón y restos del primero. Para ocupar el tercer cerro, no obstante que guardaba las mismas condiciones, tuve que hacer uso de una parte del cuerpo de carabineros a las órdenes del capitán don Adolfo Garza, que mereció una especial mención por su conducta distinguida en este hecho de armas y su ascenso a mayor. El enemigo nos dejó en ese cerro su artillería que era toda de montaña. Después de una larga persecución a los derrotados, que huyeron hacia El Grande, volví en la noche a Real del Monte, a donde el general Tapia, jefe de las fuerzas, y el general Mejía, jefe de mi brigada, habían encuartelado las fuerzas que no tomaron parte en la persecución.

Después de cuatro o cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para enterrar muertos y poner a los heridos en condiciones de marchar unos y establecer un hospital de sangre para los otros, volvimos a la capital.

En esta acción tuvimos que lamentar la pérdida del mayor don José María Barriguete, que era pariente mío por parte de su madre. Había tenido una juventud borrascosa; pero siendo de gran empuje y sangre fría, se distinguió mucho en la carrera militar. Me acompañó como capitán, durante la campaña que hice a las órdenes del general González Ortega en el Estado de México y que terminó con la batalla de Jalatlaco, y su notable comportamiento en esa acción le valió el ascenso a mayor del primer batallón de Oaxaca. En la acción de Pachuca por estar muy cansados los soldados de Oaxaca, iban llegando paulatinamente al lugar de la batalla, y deseando yo evitar que se incorporaran de esa manera, sin orden ni formación, dejé a Barriguete al pie de la cuesta, que se me había ordenado atacar, con orden de que reuniera allí a todos los que fueran llegando, les diera un rato de descanso, los organizara y estuviera listo para ocurrir a donde yo lo llamara, pues me proponía usar de esa fuerza como reserva; y con objeto de que no la ocupara algún otro jefe y le previne que no obedeciera más que las que yo le diera personalmente o por conducto de un ayudante, siempre que éste le llevara un guante mío, que

Barriguete conocía bien. Cuando necesité de su auxilio, fui a llamarlo personalmente, y me encontré que una bala perdida del enemigo lo había matado.

Su pérdida nos fué muy sensible porque Barriguete era un jefe de porvenir que si hubiera sobrevivido, se habría distinguido mucho durante las guerras subsecuentes.⁵⁷